

IMPORTANTE: AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE: A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21. MADRID. Ferrocarril, 20. IRÓN

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 18.—TARRAGÓ

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 215

25 cts.



**EL ADMIRABLE
CRICHTON**

Por GLORIA SWANSON,
THOMAS MEIGHAN, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

12

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción \ Via Layetana, 12
Administración / Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 215

El Admirable Crichton

Maravillosa producción PARAMOUNT,
basada en la famosa novela de igual
título, interpretada por los célebres
artistas: THOMAS MEIGHAN,
GLORIA SWANSON, LILA LEE,
THEODORE ROBERTS, etc.

Exclusiva de
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JULIA FAYE

El Admirable Crichton

Argumento de la película

La casa de Lord Loam, uno de los aristócratas de más brillante abolengo de Londres, contenía un tesoro de riquezas, aparte de las inmensas, inapreciables fortunas que representaban los seres "superiores" que en ella vivían entre sedas y rasos y una legión de doncellas y domésticos.

Apenas despuntaba el alba, la servidumbre volvía a estar en pie para cumplir con la severa obligación... mientras los señores seguían durmiendo.

Ocupando un pequeño lugar en la Divina Creación, que parecía mucho más pequeño ante la ostentación de la casa en que servía en calidad de criada, estaba Charito, buena muchacha, dócil y contentadiza como un niño... y feliz porque en su alma alimentaba una deliciosa esperanza.

No pasó jamás por la cabeza de Charito la idea de envidiar la inmejorable posición de sus señores, pero ello sí ocurrió en el vacío cerebro del *groom* encargado, entre otros servicios menos importantes, del de la limpieza de los zapatos, botas y botines de todos los aristócratas. Gracias a la curiosidad del chico (que miraba por el ojo de la cerradura para saber lo que ocurría en las habitaciones), vamos a enterarnos de quiénes eran los moradores del maravilloso palacio:

Lord Loam, del que ya nos hemos ocupado un poco.

El honorable Ernesto Woolley, sobrino de Lord Loam, un caballero que gastaba mucho en propinas por el gusto de verse saludado por camareros de *restaurant*.

Lady Agata Lasenby, hija menor de Lord Loam, cuya sola preocupación consistía en arreglar su cutis y su cuerpo para que el uno y el otro tuvieran los mayores encantos, como una muñeca de cristal; y, finalmente, cerrando el número de los seres "superiores":

Lady Mary Lasenby, hija mayor de Lord Loam, flor de estufa, encarnación de la mujer frívola, quien se sorprendería si le dijeran que las manos son para trabajar y no para manicurarse, la cabeza para pensar y no para pelarla solamente, y el corazón para amar además de latir.

En segundo plan corresponde citar al ministro anglicano Treherne que vivía con los aristócratas porque ello era de buen tono.

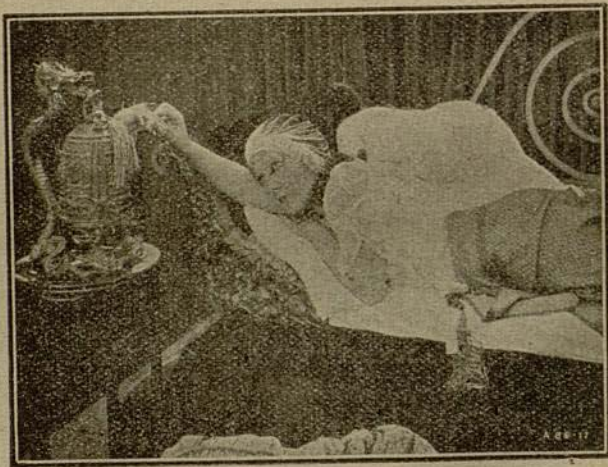
A los demás mortales de la regia mansión no importa nombrarlos, por no ser más que oscuros satélites que giraban, casi imperceptiblemente, alrededor de los cuatro astros de primera magnitud de aquel paraíso.

Sin embargo, hay que hacer excepción para Guillermo Crichton, el mayordomo correcto y leal por excelencia que dirigía con suma habilidad la administración interior de la casa de Lord Loam. Todas las responsabilidades recaían en él y no podían contarse las veces que los caprichos de los nobles señores, principalmente de las "señoras", hacían absurdas incisiones en el árbol coloso de esas responsabilidades.

Pero el mayordomo, con prudencia de sabio, encerraba su espíritu en la resignación y si su loable conducta no abría a la luz de la consideración los ojos de los aristócratas, se hacía, aunque levemente,

sentir en su orgullo halagado por sus admirables servicios.

Siempre alerta y fanáticamente devoto del deber, el mayordomo, merecidamente apreciado por sus subordinados, era a la vez temido por sus severos principios, pues aunque él no participara de más teoría que de la igualdad de clases, exigía de cada uno el máximo de su labor mientras la vida no sufriera variación ensanchando sus horizontes para



Lady Mary, hija mayor de Lord Loam...

goce de toda la humanidad por un igual.

De fondo impecable, pródigo en ayudar a sus semejantes, el mayordomo cubría su grave rostro con el velo inalterable de religiosa sumisión delante de sus señores.

La mañana en que comienza nuestra novela, fué de mal agüero para el *groom* que curioseaba por

el ojo de las cerraduras, pues recibía del vigilante mayordomo un soberbio tirón de orejas.

Eso ocurrió delante de la habitación de Lady Mary, la coqueta criatura frágil como las pompas de jabón y hermosa, a pesar de su altivez, como una diosa, como una Venus. Una tentación pecaminosa asaltó la mente de Guillermo, provocada por el conocimiento del medio empleado por el despreocupado *groom* para sorprender a quienes ocupaban los interiores interesantes de *espíar*, con el oído para percibir el suave rumor de los vaporosos "desahillés", o con la vista, para ver esos delicados vestidos sobre los sedosos cuerpos... mas, negándose con su voluntad a cometer tal bajeza, alejóse de allí, pensando, con melancolía, que existen en la tierra poderes extraordinarios que avasallan como el temor de Dios.

En su magnífico *boudoir*, Lady Mary, entretanto, tomaba su acostumbrado baño, meticulosamente preparado por la doncella de conformidad con las últimas indicaciones dadas por la aristócrata. No podía haber doncellas perfectas para Lady Mary... porque ella distaba mucho de poseer esa cualidad.

Lady Mary debió levantarse con malhumor y cuando eso le sucedía—a menudo—era verdaderamente insoportable su tiranía que alcanzaba inclusive al mismo mayordomo. Esa mañana, mientras estaba desayunándose teniendo delante de sí, para servirla, a Crichton, ella le objetó con disgusto:

—Esta tostada está echada a perder... y no es la primera vez que se lo digo...

El mayordomo, sin perder su serenidad, le replicó:

—¿Está segura la señora de que es la tostada lo que está echado a perder?

Las comparaciones son odiosas y a veces muy peligrosas. Lady Mary comprendió la de Crichton y, con gesto imperativo, le ordenó:

—Basta, Crichton, puede retirarse.

Del salón de Lady Mary pasó el mayordomo a la

biblioteca donde Charito, por encargo especial suyo, quitaba diariamente el polvo de los libros y de los muebles.

"La Sabiduría es el Divino manantial que satisface el noble anhelo del espíritu de Reyes y esclavos, elevándolos a la misma cumbre..."

Crichton hojeó un libro de poemas, de Henley y sin darse cuenta leyó en voz alta:

*Yo era rey de Babilonia
Y tú una esclava cristiano.*

Charito, que le escuchaba, le interrumpió:

—A mí no me gustaría ser esclava de nadie...

—¿Ni del rey de Babilonia?

—No... a no ser que lo fuera tuya, Crichton...

El mayordomo miró a la gentil doncella y la sonrisa que la dirigió fué para ella como un cosquilleo en su ingenuo corazón.

Crichton seguía alimentando su espíritu con los versos de Henley, mientras Lady Mary buscaba precisamente el tomo que él leía de dicho autor. Después de preguntar a su hermana y a su primo Ernesto si habían visto el libro en cuestión, Lady Mary pensó que, probablemente, el mayordomo lo había devuelto a la biblioteca; y a ella fué.

Charito, que vió llegar a la señora, agitó con más fuerza el plumero, no teniendo tiempo, a su pesar, de avisar a Crichton, a quien Lady Mary sorprendió ensimismado en la lectura.

—¡Ah! Perdona la señora; no me di cuenta.

—Crichton, busco el segundo tomo de Henley.

—Me permití consultarlo, señora..., y aquí está.

—No tenía idea de que le interesara la literatura, Crichton.

—Es mi distracción favorita desde mi infancia, señora.

—¿Qué le parece entonces, Henley?

—¡Oh, señora!, ¿qué valor puede tener mi opinión frente a la suya?

Lady Mary no se autorizó nunca a platicar amigablemente con un criado, y Charito, además de

celosa, estaba asombrada. A Crichton le parecía muy natural la largueza de su señora, suponiéndola producida por el halago que inconscientemente él le había hecho leyendo a su poeta predilecto.

Pero había alguien que sabía muy pocas cosas de los reyes de Babilonia, si bien estaba muy bien informado de las reinas en el ballet de Cleopatra. Ese era Lord Brockelhurst, novio de Lady Mary, cuya aparición en la biblioteca, donde, sabiéndola allí, había ido a buscarla, corrió el breve diálogo entre ella y Crichton.

Charito se puso muy contenta al verse de nuevo sola con Crichton, quien, por su parte, y para martirio de Charito, contemplaba cómo se alejaba la pareja aristocrática, cómo luego se sentaba y se cambiaba promesas de amor y caricias... que debían ser dulces; ¡oh, sí!, de una dulzura infinita, y cómo el Lord le entregaba a su novia un valioso anillo que ella besaba...

La voz de muñeca animada de Lady Mary arrancó a Crichton a sus meditaciones:

—Un *whiskey* con sifón para Lord Brockelhurst, Crichton.

¿Qué le importaba a un humilde mayordomo que un Lord y una gran dama se prometieran para casarse pronto?

En cambio, a la buena de Charito sí que le interesaban esos amores...

Ese mismo día, por la tarde, a la hora del te, la hora de las confidencias, Lady Elleen Dun Graigie fué a pedir consejo a su amiga Lady Mary.

Por Lady Mary misma, Elleen fué introducida al salón de te donde, frente a un mapa, estaban reunidos Lady Agata, Lord Loam, el Honorable Ernesto Wolley y el ministro anglicano. Lady Mary le explicó a su amiga, después de haber ésta saludado a todos:

—Estamos haciendo itinerario para un viaje a las islas del Sur, Elleen, y tú serás de la partida. ¿verdad?

Los demás insistieron en que Eileen aceptara la oferta de acompañarlos en su pasatiempo de millonarios, mas la requerida se excusó con breves palabras de agradecimiento que terminaron como sigue:

—Repito las gracias; no puedo aceptar, me parece. He venido para hablar un rato con Mary.

Lady Mary y Lady Eileen se aislaron en otra habitación para conversar a solas. Lady Eileen, con mal disimulada tristeza, abrió el diálogo:

—Mary: una amiga mía está locamente enamorada de un hombre que no pertenece a su clase. El la ama y quiere casarse con ella. ¿Crees que pueden ser felices?

—¿Quién es él?

—Es... es... su *chauffeur*.

—He aquí, pues, mi opinión: ¿pondrías a vivir en una misma jaula a un cuervo y un ave del paraíso? Hay clases, querida Eileen, y nos es imposible cambiar... Por lo que adivino, esa amiga de quien me hablabas eres tú misma y mayormente te aconsejo que reflexiones antes de aventurarte en sendas peligrosas que fatalmente te habrían de apartar para siempre de tu noble familia.

—Dí lo que quieras, Mary, pero hay una cosa que todo lo iguala: el amor.

—¿Te marchas ya? Te ruego, querida Eileen, que consideres que sólo me ha guiado el afecto que te

te tengo al emitir mi parecer. Consulta de nuevo tu caso contigo misma, y tú, más que los demás, tienes la obligación de prever con toda serenidad las consecuencias de un paso en falso.

—Gracias, Mary; me lo iré pensando mejor...

—Adiós, Eileen. ¿No me abrazas?

—Es verdad; me distraje. Adiós.

Lady Eileen partió. Lady Mary, desde una ven-



...te aconsejo que reflexiones antes de aventurarte en sendas peligrosas...

tana miró a la calle y vió que su amiga, al poner pie en el estribo del automóvil que la esperaba a la puerta del palacio de Lord Loam, se dejaba aprisionar las manos entre las de... su *chauffeur*. Lady

Mary volvió la cabeza hacia la habitación, vió al mayordomo Crichton ocupado en recoger el servicio de te de las dos ladies, y le dijo, disgustada por el brusco cambio operado en Lady Eileen:

—Se están volviendo muy demócratas, señores criados. ¡Una aristócrata enamorada de su *chauffeur*! ¡Es inaudito!

—No sabemos lo que nos está reservado, señora. Si todos los hombres volviéramos a la Naturaleza, es posible que los criados de hoy fueran los señores de mañana.

—No me parecen muy oportunas sus palabras, Crichton.

—Pido mil perdones a la señora.

Unos días después, la nave de Lord Loam, gozosa, enfiló la proa hacia los rutilantes mares del Sur. Con Lady Mary, Lady Agata, Lord Loam, el Honorable Ernesto y el ministro anglicano habían embarcado Crichton y Charito, como mayordomo y doncella respectivamente. En cuanto al novio de Lady Mary, había pretextado tener que quedarse en Londres... donde sus conquistas le reclamaban.

Atento al menor capricho de Lady Mary, Crichton se hallaba siempre, si no a su lado, al alcance de su tenue voz.

El honorable Ernesto, leyendo un periódico se detuvo, pasmado, en una nota de sociedad inserta en él, y llamó a su prima Lady Mary, dándosele a conocer. Esa nota anunciaba lo siguiente:

BODA ARISTOCRÁTICA

Lady Eileen Dun Graigie, hija única del Marqués del Mornie, ha sido pedida en matrimonio por Mr. John Mc. Guire. El novio es el chauffeur...

—Lo que diría Eileen: "Contigo *panne* y cebolla"

—dijo, entre risotadas, el Honorable Ernesto.

—Es tan absurdo—exclamó Lady Mary—como si yo me casara con Crichton.

Esta exclamación llegó hasta Crichton y hasta el corazón de Crichton.

Charito, por su parte, se lamentaba de que, a pe-

sar de haberse embarcado como doncella para estar al lado de Crichton, éste no se hubiese dignado mirarla desde que estaban en el barco.

Los vientos del Azar habían empujado la ligera nave por los mares del trópico preñados de peligros... y el Destino con mueca lúgubre se había apoderado del timón. Un descuido del piloto había arrojado el yate contra la escollera de una isla perdida en el océano, abriéndose, por efecto del rudo choque, un enorme boquete en el barco que amenazaba hundirse en breves segundos.

Las operaciones de salvamento fueron efectuadas con la rapidez necesaria. Desde este momento, Crichton elevó su voz ante sus señores.

—¡Alto, señor!—le dijo a Lord Loam—. Este bote es para las mujeres; el otro estará disponible en un instante. Suban ustedes, Lady Agata, Charito, Lady Mary... ¿Dónde está Lady Mary?

Nadie se ocupaba del prófimo en aquellos terribles y contados momentos de salvación. Reinó tal confusión y el espanto los había talmente enajenado a todos, que los que pudieron embarcarse en el bote remaron desesperadamente hacia la isla para ponerse en salvo.

Lord Loam, desesperado de aguardar a su hija Lady Mary, sin atreverse a ir a buscarla al salón del yate en que se hallaba cuando el agua penetró con estrépito y furia en él, y viendo que el barco se inclinaba hacia un costado a riesgo de desaparecer debajo del agua, se agarró a una pavesa flotante y se dejó empujar por la corriente...

Entretanto, Crichton, con singular arrojo, cooperó al salvamento de Lady Mary que, sin su ayuda, hubiera perecido en el naufragio.

Cuando apenas Lady Mary y Crichton hubieron sido arrojados al agua, el yate, en un prostrer movimiento, quedó encastrado en las rocas.

Lady Agata, Charito, el Honorable Ernesto y el ministro anglicano llegaron poco después a la isla

y esperaron ansiosamente, temblando de frío, a los demás naufragos.

Tras grandes esfuerzos, Crichton y Lady Mary alcanzaron la tierra. El cuerpo de Lady Mary, extenuado de fatiga, mostraba, por jirones de sus suaves ropas pegadas a sus formas de diosa, blandas desnudeces de una pureza incitante. De repente, como la neblina que desaparece ante los rayos del sol, para Crichton ya no era Lady Mary una gran señora: no era más que una mujer, hermosa, que quedaba confiada a él. ¡Qué alteración violenta y radical iban a sufrir los valores sociales de cada uno de los naufragos!

A la caída de la tarde Lady Mary y Crichton encontraron a los demás excepto Lord Loam. La idea de que se hubiese ahogado les llenó de tristeza. Mas el cansancio y también el esfuerzo moral rindieron, además de las mujeres, al honorable Ernesto y al ministro, desconocedores de los sinsabores que reserva la vida.

Crichton, esclavo de su dueña adorada en silencio, eligió la hendidura de una roca enorme para cobijarla en ella y velar su sueño...

Crichton era el único hombre de los tres que estaban allí, pues el aristócrata y el pastor, sobrecojidos de espanto al igual que las mujeres, por oírse cercano el rugido de las fieras moradoras de la isla, permanecían silenciosos y encogidos...

A Charito, que no le quitaba ojo a Crichton, le pareció que éste temblaba, y, cariñosa, como sincera enamorada, le cedió su mantón, que no se mojó por encontrarse ella sobre el puente del yate cuando ocurrió el choque y la inundación en el salón donde estaban los demás.

El cuerpo de Lady Mary era presa de intermitentes escalofríos. Crichton notó esto y, a su vez, cual si cuidara a un enfermo, despojóse del mantón de Charito y se lo dió a la primera, causando el natural enojo de la doncella... de inagotable resignación.

Sin más incidentes importantes dignos de apuntar, pasó la noche, durmiendo la comunidad confiada a la vigilancia de Crichton, de centinela junto a su dueña.

Así vino el nuevo día y con él reapareció el hábito, el más poderoso elemento de la naturaleza humana, que difícilmente se doblega... Y los ilustres



Crichton, esclavo de su dueña adorada en silencio...

Loam, acostumbrados a ser llamados por la mañana, cuando el perfumado baño estaba preparado, no querían comprender todavía que el "despertador" de la Naturaleza es la resplandeciente Aurora. Crichton les obligó a despezarse sin contemplaciones, y les dijo:

—Voy a ver con el bote si encuentro alguna cosa en el yate, si es que todavía es posible penetrar en él, y ustedes pueden ir a las rocas en busca de algo para comer. De paso vocean el nombre de Lord Loam por si éste hubiese llegado durante la noche.

Murmurando por lo bajo, los aristócratas, el ministro y Charito obedecieron a Crichton.

Entretanto, Lord Loam, que en efecto llegó a la isla cuando al destino le pareció bien, se había internado en un bosque y contemplando unos magníficos cocoteros, recordó lo que contaban de Robinson Crusó:

...Empecé a arrojar piedras a los monos. Llevados de su instinto de imitación, arrancaban los sabrosos frutos de los cocoteros en que estaban encaramados y me los tiraban a la cabeza...

Lord Loam siguió el ejemplo del popular Robinson... y a no ser por sus piernas, que gracias a Dios respondieron a su llamada, no hubiera podido escapar a la venganza de un temible gorila.

Crichton, por una parte, y el resto de los naufragos por otra, regresaron al "campamento" con lo que les fué dable traer, aquél del yate y éstos de las rocas. Sin embargo, todo ello no serviría más que para un día.

Crichton se dispuso a preparar el almuerzo. Para encender el fuego precisaban cerillas; pero el ingenio del mayordomo suplió esta falta: los rayos del astro solar, convergiendo en un cristal, harían fácilmente arder la leña.

—Señorito Ernesto, necesito el vidrio de su reloj.

—¿Qué maneras son esas?...

—Déme el vidrio de su reloj, le he dicho, y tiempo le quedará luego de discutir.

No había más remedio que someterse a las exigencias del criado.

—Aquí lo tiene usted... Y dése prisa... Se está haciendo tarde y ya sabe que no nos gusta esperar el almuerzo.

—Es verdad... Va usted a ayudarme. Tome: vaya hasta el arroyuelo y traiga un cubo de agua.

—¡Qué gracioso! ¿Quiere usted elevarme al cubo, Crichton?

La réplica del Honorable Ernesto irritó a Crichton. Este se levantó del suelo y dijo a Charito, que peinaba a Lady Mary con medios absolutamente primitivos:

—Charito: vigila el fuego mientras yo voy con el señorito Ernesto a buscar agua.

Lady Mary dirigió una mirada de odio al criado que se anteponía a su voluntad, mas no tuvo valor para impedir que Charito le obedeciera.

Crichton asió de las manos al Honorable Ernesto, lo condujo al arroyuelo y le entregó el cubo para que lo llenara de agua. El aristócrata no quería "humillarse" a tanto. Entonces Crichton llenó el pozal por él para mostrar al noble cómo se ejecutaba ese trabajo y, para que no se le olvidara la lección, le hundió la cabeza en el cubo diciéndole:

—La próxima vez que pretenda eludir un esfuerzo con un chiste le sucederá exactamente lo mismo. Ahora, llene usted mismo el cubo.

Afortunadamente la razón de la impotencia ante Crichton se impuso a los arranques de energía del Honorable Ernesto, que soportó la afrenta rugiendo de ira por dentro.

Lady Mary, menos sumisa que su primo, ordenó a Charito que la peinase, no importándole ni un ardite la recomendación del mayordomo.

Cuando Crichton y el Honorable Ernesto volvieron, el primero vió con indignación que su fuego estaba apagado:

—¿Por qué no te ocupaste del fuego, Charito?

—Ahora voy, si tú quieres, Crichton...

—No te muevas, Charito. Soy yo y no Crichton quien te paga el sueldo.

—Señora—replicó Crichton a la altiva Lady Mary—; puede ser que cada uno de nosotros tenga que pasar en esta isla el resto de nuestros días, y



CECILE DEMILLE

PRODUCTION

MALE AND FEMALE

SEEN THE PRACTICAL CHANTON ENJOYING THE HEAT
OF THE FIRE AND EATING HOT FOOD, AROUSES THE ENVI
OF THE NEW WHEATCO BAKERY

CASTING BY THE ADMIRABLE CHANTON

*Sin cena, sin ropas con que cubrirse ni fuego
donde calentarse...*

sólo sirviéndonos mutuamente podremos hallar algún bienestar... Los que no quieren pagar esta ventaja con la moneda de su propio esfuerzo... que se separen y vivan de sus propios recursos... El hambre y el frío los aguardan.

—¿Debemos entender, Crichton, que si mi hermana y yo no trabajamos nos quedaremos sin comer?



...sólo sirviéndonos mutuamente podremos hallar algún bienestar...

—Sí, señora...

Atendiendo solamente a la voz de su orgullo ofendido, Lady Mary, Lady Agata y el primo de ambas se alejaron del "campamento" de Crichton y no se hallaban a mucha distancia de él cuando, causándoles el consiguiente susto, se les apareció Lord

Loam surgiendo de entre un espeso follaje en el cual se refugiara para burlar al gorila.

Las ladies y el primo recobraron sus humos de grandeza. Lady Mary se apresuró a decirle:

—Papaíto: ahora que Dios nos ha hecho la gracia de que te encontráramos, debes hacer sentir tu autoridad como Jefe de esta isla. Crichton está insoportable y ha cometido con nosotros las mayores groserías. Ernesto te contará lo que se ha permitido hacerle.

—Fué brutal conmigo... Por prudencia, tío, no me rebelé.

Puesto al corriente de la conducta de Crichton, Lord Loam se hizo conducir a su presencia, y sostuvo con él esta plática:

—Crichton: es cuestión de decidir quién debe mandar aquí; yo he nacido Lord y por lo tanto debo mandar.

—Señor, los privilegios que le da su nacimiento, en Inglaterra, no tienen nada que ver en esta isla desierta... Mientras, perdone Lady Mary si insisto en que me dé este encaje dorado que lleva en su vestido... Hará una excelente red para pescar.

—Crichton, pida usted excusas inmediatamente o dese por despedido.

—Yo no quiero dejarlos.

—En este caso, nosotros le dejaremos.

Crichton se quedó solo; Charito, como era natural, siguió a los nobles.

Pero una cosa es ser Lord en Inglaterra y otra serlo en la selva.

Lord Loam no había previsto los inconvenientes que le esperaban a él y a su familia.

Crichton se construyó en unas horas una choza muy maciza y perfectamente cubierta.

Lord Loam, que a pesar de haber trabajado todo el día en ella, secundado por su sobrino, vió derrumbarse sobre las mujeres la frágil cabaña que construyeron, tuvo remordimiento de haber abandonado

a Crichton, cuya choza contemplaba admirado, y le dijo a su sobrino:

—¿Es posible, Ernesto, que un estudiante de Oxford sepa menos que un criado?

Sólo le faltaba este elogio al Honorable Ernesto para que su desesperación alcanzara su grado máximo.

No cuesta gran esfuerzo ser valiente a la luz del día. De noche las cosas cambian.

Sin cena, sin ropas con que cubrirse ni fuego donde calentarse, y con la obligación de dormir a la intemperie, los Loam permanecían tristemente silenciosos...

De súbito, un olor a comida vino a presentar batalla a su vacío estómago. Este apetitoso perfume procedía de la choza de Crichton.

En la ruda lucha de los Loam venció la materia al espíritu. El Lord, renunciando el primero a su necio orgullo, estimuló a los suyos a volver al lado de Crichton. El estómago los venció a todos, excepto a Lady Mary, quien, rencorosa, se negó a seguirlos.

—Tengo tanto o más apetito que vosotros, pero primero me moriré de hambre antes que pedirle nada a Crichton.

Charito se quedó con su señora.

Humildes, con la humildad de los niños castigados que imploran el perdón de sus padres, los Loam se reconciliaron con su mayordomo. El triunfo de Crichton sería palmario cuando ella, Lady Mary, la adorada mujer, depusiera su arrogante actitud a sus pies.

Charito, frágil por amor y por el hambre, no pudo contenerse más y se separó de su señora con esta razón:

—¡No quisiera dejarla, señora, pero aquella sopa huele tan bien!...

Se puede resistir el hambre, se puede resistir el frío; pero el miedo a lo desconocido hace vacilar a las voluntades más tercas.

Preso de un pavor indescriptible, Lady Mary volvió a Crichton. Este simuló no haber reparado en ella. Lady Mary se sentó a su lado y le dió unos golpecitos en el brazo. Crichton, sin pronunciar una palabra, le llenó medio cascarrón de coco. Lady Mary se quitó el encaje dorado de su vestido y se lo entregó a Crichton al mismo tiempo que prorrumpía en llanto desgarrador. Era la sumisión de un poder rebelde a una fuerza superior.



Bajo el latigazo enérgico de la necesidad, llega uno, a veces, a comprender que la Naturaleza sólo es cruel para los perezosos; que las galas de sus árboles y de sus plantas pueden vestir al harapiento y sus frutos alimentar al hambriento. Que, en fin, basta al hombre un esfuerzo de sus manos para que la próbida Naturaleza arroje a sus plantas todo cuanto necesita.

Convencida de esa verdad, la colonia formada por los náufragos vivía relativamente feliz. Cada miembro tenía su tarea y aportaba su esfuerzo para el bien común.

Pieles de fieras cazadas por medio de trampas o derribadas a flechazos, cubrían sus cuerpos.

Crichton, como por sus méritos le correspondía, era el ser superior que los dirigía a todos, y a quien todos obedecían ciegamente. Gracias a él, seguían

viviendo y conservando la esperanza de volver un día a Inglaterra.

En Londres, entretanto, el novio de Lady Mary recibía la contestación a sus numerosas pesquias por saber la suerte que les había cabido a los Loam. Era una carta que decía así:

Muy honorable señor: Tengo el honor y el sentimiento de informarle que la expedición enviada en busca de Lord Loam y su familia ha vuelto sin haber logrado vestigios de la desgraciada gira...



...rencorosa, se negó a seguirlos.

Corroborando que hay fuerzas e instintos poderosos en el hombre, fuertemente contenidos, que sólo esperan un momento propicio para manifestarse vir-

tuosos, Crichton ideó, entre varios aparatos útiles, uno que, tirando de una palanca, encendería una fogata en la colina. Por lo tanto, si algún día pasara un vapor, tal vez podrían regresar a Inglaterra.

Desde que el destino nivelara los derechos de Charito y Lady Mary, creóse una rivalidad entre ambas. Lady Mary quería ser la preferida en todo y Charito no estaba dispuesta a tolerarlo, especialmente cuando se trataba de ser agradable a Crichton.

Cierta vez, Lady Mary y Charito disputáronse el turno de servir a Crichton. Como no llegaron a ponerse de acuerdo ellas mismas, Crichton intervino y su corazón falló en favor de Lady Mary. Bien sabía Charito que con Lady Mary por rival tenía las de perder; no obstante, no cejaba en su empresa de atraerse al admirable mayordomo.

Fué pues Lady Mary quien, orgullosa de ello, sirvió a Crichton. Casi a los postres, aquélla notó que habían desaparecido los higos que ella misma preparara, por haberlos precisamente pedido Crichton, y por sus rápidas indagaciones vino en conocimiento de que su padre, Lord Loam, se los acababa de comer cediendo a una debilidad de su paladar. Lady Mary le tuvo compasión a su padre y resolvió, antes de que Crichton se enterara de su "debilidad" que le privaba de postres, ir a buscar más higos. Antes de salir del campamento de la colonia, le dijo a Charito, con lo cual ella se puso muy contenta:

—Tú, continúa sirviendo la cena y yo iré a las ruinas en busca de higos.

Crichton, a quien el cambio de camarera no le era indiferente, preguntó a Charito por Lady Mary, y al enterarse de lo que había ido a hacer por él, riñó a Charito.

—¿Por qué dejaste que Lady Mary fuera a las ruinas? ¿No sabes que a estas horas de la noche es cuando van a beber los leopardos?

Crichton alcanzó a Lady Mary dentro de las ru-

nas, en el momento en que un leopardo aparecía a pocos metros de ella. La asustadiza mujer se abrazó al cuello de su protector de siempre... y pasó el peligro.

—¡Qué miedo tuve, Crichton!

—No tema usted ya nada conmigo. Siéntese, Lady Mary. Seréne usted.

Evocando las escenas de las épocas antiguas relatadas con vigoroso sentimiento por el poeta Henley, favorito de Lady Mary, Crichton, soltando el dique de su amor por ella, la murmuró como si temiera ser oído por las fieras:

—Dicen que los leones se hacen aquí la corte, donde antiguamente Jamshyd libaba con sus cortesanas.

—¡Qué espanto, Crichton! Salgamos presto...

—Esta mirada de terror en tus ojos... casi me hace olvidar mi patria.

Lady Mary cedía... Su corazón también necesitaba su protección.

—Hay veces, Crichton, en que pienso que debes haber sido rey de Babilonia.

—Si era rey de Babilonia, tú eras la esclava cristiana.

En ellos resurgieron estos versos del poeta:

Te vi y te tomé

Para arrojarte luego

Domé tu fiera y aplasté tu orgullo

E imaginariamente se transformaron en los héroes de la leyenda.

Crichton era el rey de Babilonia; Lady Mary, la esclava cristiana.

El Rey quería dominar la voluntad de la esclava, mas ésta prefirió ser devorada por los leones.

Al despertar a la realidad, Crichton y Lady Mary estaban estrechamente enlazados. Ella, la esclava cristiana no se rebelaba contra su Rey; sino que, al contrario, dominada su soberbia, acataba su voluntad.

Y allí, en plena Naturaleza, con sólo Dios por



El Rey quería dominar la voluntad de la esclava, mas ésta prefirió ser devorada por los leones.

téstigo, Lady Mary y Crichton soñaron con ser el uno para el otro.

De regreso a la colonia, Crichton, loco de alegría, anunció a todos:

—Les presento a la que ahora mismo va a ser la señora Crichton.

La noticia fué generalmente bien acogida, exceptuando a Charito. En la isla, no era un desatino que Crichton, el Rey, eligiera por esposa a la hija de un vasallo... que de este hecho obtendría numerosos beneficios.

El ministro anglicano iba pues a tener ocasión de ejercer su santa profesión.

Para no verlos casarse, Charito, desde una estrecha ventana, a un lado de la cabaña, miró al cielo, que se confundía con el mar, pidiéndole clemencia para ella.

El ministro hizo las consabidas preguntas:

—¿Quiere a esta mujer por esposa?

—Sí, padre...

—¿Quiere a este hombre por esposo?

—¡Alto!—gritó Charito saltando de gozo—. ¡Un barco!

Lord Loam, el Honorable Ernesto y Lady Agata se precipitaron a cerciorarse de que un barco estaba a la vista. Era verdad. Si la combinación de Crichton no fallaba, tal vez llegaría la salvación. El mismo Crichton levantó la palanca y la fogata se encendió en la colina. Al verla, Charito manifestó a Lady Mary, súbitamente entristecida, pues amaba de veras a Crichton:

—¿Sabes lo que esto significa, Mary? Que Crichton vuelve a mí.

Crichton, tan triste como Lady Mary, la musitó:

—Babilonia ha caído, ya no soy Rey.

—Es un sueño. ¿Verdad, Crichton, que no hay ningún barco?

—Sí, Mary, digo, Lady Mary, es la vuelta a Inglaterra que llega.

En efecto, poco después, varios botes del barco

en cuestión ganaron la playa. La oficialidad del barco saltó en tierra para visitar la isla.

Lord Loam irguió su altiva frente ante sus compatriotas y, avasallando al que durante algunos meses había sido su rey absoluto, manifestóles:

—Permitanme que les enseñe alguna de mis invenciones. La educación siempre sirve para algo.

El ingenio del mayordomo servía de gloria al Señor.

Con el corazón destrozado, Crichton se impuso a sus deberes y doblégó de nuevo la cerviz ante sus señores... y ante ella, la mujer vencida, la mujer amada, el imposible de su vida.

La raza humana vuelve con tanta facilidad a las costumbres de antaño, que los Loam, una vez en su casa, esperaban el perfumado baño y comían la cuidada comida con tanta indiferencia como si nunca hubiésemos bañado en el arroyo de la selva y suplicado una limosna de sopa; y daban órdenes a su criado con tanta frescura que parecía que habían olvidado que le llamaron Rey.

El Honorable Ernesto y el propio Lord Loam no tenían el menor escrúpulo en apropiarse hechos heroicos que realizó Crichton.

La madre del novio de Lady Mary, que reclamó de nuevo el corazón de ésta para su hijo, preguntó

al gallardo Crichton, intencionadamente, delante de todos:

—La juventud siempre es juventud y no dudo que habría mucho sentimentalismo en la isla, ¿verdad, Crichton?

Los Loam esperaron ansiosos la contestación del mayordomo que podía comprometerles, y se les quitó un peso de encima al oírle replicar a la noble dama, que no habría llegado a comprender el cambio social sobrevenido en la isla:

—Desde luego, señora, se guardaron las respectivas distancias y la isla no fué ni más ni menos que una posesión de mis señores... Por lo que a mí se refiere, puedo decirle que ni siquiera me sentaba a la mesa con ellos.

A continuación de esta plática, el novio de Lady Mary brindó con su futura familia a la salud de la asimismo futura Lady Brockelhurst.

Y Crichton asistió impasible al brindis, y Lady Mary no le olvidaba...

La amiga de esta última, Lady Eileen, la aristócrata que se casó con su *chauffeur*, se hizo anunciar a ella. Lady Mary la hizo pasar al instante al mismo saloncito donde aquélla le confesara su amor.

—Estoy desesperada, Mary. He venido a pedirte que busques trabajo para mi marido, entre tus amistades... Mi familia me ha desheredado y arrojado de su lado porque me casé con un *chauffeur*, y los amigos de él tampoco quieren aceptarme.

Mientras las dos amigas seguían contándose mutuamente sus cuitas, el novio de Lady Mary, enterado de lo agradecida que estaba a Crichton, por su admirable comportamiento, lleno de abnegación hacia sus señores, en particular hacia ella, le habló a solas:

—Desearía recompensar a usted, Crichton, las atenciones que tuvo con Lady Mary en la isla.

Serenísimo, Crichton le replicó:

—Un esclavo puede mirar a su Reina, señor.

El Vizconde quedó maravillado de tan justa exclamación y no pudo evitar el tenderle la mano al admirable Crichton, guardándose el dinero que pensaba ofrecerle.

Lady Mary, llevada de su confianza en Lady Eileen, le refirió lo sucedido en la isla y todo el amor que le inspiraba Crichton. Este, por casualidad, sorprendió el siguiente diálogo entre las dos aristócratas:

—No creas en estas cosas, Mary. El amor no lo llena todo. Hay clases y tradiciones.

—Si le amaras de verdad, Eileen, no te importaría que fuera *chauffeur* o Rey. Hablo por experiencia. Yo también amo a alguien por el cual voy a abandonarlo todo.

—Mira bien lo que vas a hacer, Mary.

—Nada me importa sin él, Eileen.

Crichton, agradecido desde lo más hondo de su alma, se afirmaba en su opinión de que el ideal de su vida era una equivocación, una montaña infranqueable...

El no tenía derecho a tomar por esposa a una mujer que habría de separar de un mundo que no era el suyo, de las sedas que él no la podría dar, y de la sociedad que él jamás frecuentaría. Todo eso, tan indispensable para que la adorable mujer viviera radiante de felicidad, era mucho más poderoso que el amor que él pudiera hacerla sentir. El ejemplo de Lady Eileen era demasiado elocuente para que él quisiera repetirlo en Lady Mary. Así, pues, cuando Lady Eileen se hubo marchado, Crichton llamó a Charito, que acudió amante como siempre, y presentándola a Lady Mary, con la que acababa de reunirse su novio, la notificó, con sosiego y entereza:

—Deseaba decirle, señora, que pienso casarme con Charito y que pensamos marchar hacia América tan pronto encuentre quien nos sustituya.

La sorpresa que recibieron Lady Mary, Charito y el Vizconde es fácil de deducir.

Lady Mary comprendió el sacrificio de Crichton. En cuanto a Charito, no podía creer en tanta dicha.



Algún tiempo después, en América, Crichton, casado con Charito, toda ternura por hacerle feliz, proseguía su vida de absoluta honradez, dedicado a las labores del campo.

Lady Mary y el Vizconde se casaron después de haberlo hecho Crichton y Charito.

El Vizconde, conversando un día íntimamente con su esposa, la manifestó, sin celos ni reproche:

—Comprendo por qué aplazaste nuestra boda. Amaba a Crichton, el admirable Crichton, pero siempre tendrás en mí al más ferviente de tus admiradores.

Lady Mary había amado a Crichton, era cierto. Su recuerdo persistiría en ella eternamente, en testimonio de admiración.

Podéis romper el vaso, podéis estrujar las flores, pero el perfume no desaparecerá jamás.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa

E. VERDAGUER MORERA.—TARRASA

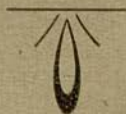
PRÓXIMO NUMERO
La interesante novela
**La mujer de las
cuatro caras**

Creación de BETTY COMPSON Y
RICHARD DIX

EXCELENTE ASUNTO

Postal-fotografía regalo:

Richard Barthelmess



LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cénts.

Siempre las mejores películas

Sea usted coleccionista de
«*LOS GRANDES FILMS*»

de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PIDA EN TODAS PARTES LOS
ÚLTIMOS GRANDES ÉXITOS

Demasiadas mujeres

Nobleza baturra



EN BREVE

Cenizas de odio

la mejor producción de
NORMA TALMADGE